

ANALISTAS ANTE LA PAZ Y LA GUERRA

Recopilación por Mario Arrubla

Reflexiones de analistas nacionales y extranjeros sobre el conflicto armado en Colombia antes y después de la ruptura del proceso de paz.



ANALISTAS ANTE LA PAZ Y LA GUERRA

Mario Arrubla

(Seudónimo: Pedro López-Hilario)

Reflexiones de analistas nacionales y extranjero sobre el conflicto armado en Colombia antes y después de la ruptura del proceso de paz.

Este artículo apareció en la revista Al Margen No. 1, marzo 2002.



© 2021, I.A. Editor, USA

Diseño y edición: Inés Arrubla

Todos los derechos reservados

PEDRO LÓPEZ-HILARIO

Analistas ante la paz y la guerra

Hemos reunido aquí las reflexiones de analistas nacionales y extranjeros sobre el conflicto armado en Colombia antes y después de la ruptura del proceso de paz. Para la primera parte, antes de la ruptura del proceso, hemos tomado como base la serie de *El Tiempo* "Reflexiones en la Encrucijada" publicada en el mes de febrero con la participación de quince analistas nacionales y extranjeros y del editorialista del propio periódico. Hemos "invitado" asimismo para esa primera parte a otros analistas que no participaron en la serie de *El Tiempo*. Para la segunda parte, que recoge opiniones expresadas después de la ruptura del proceso, hemos utilizado como fuente artículos de opinión aparecidos en *El Tiempo* y en las revistas *Semana* y *Cambio*. Tanto en la primera como en la segunda parte se trata de fragmentos resumidos que hemos organizado en forma de simposio para facilitar su cotejo. Como los conceptos no son transcritos literalmente y están en alguna medida fuera de contexto, reputamos de antemano como válido cualquier reparo de los autores. El detalle de las fuentes aparece al final. Las interpolaciones del compilador van entre corchetes.

I. REFLEXIONES ANTES DE LA RUPTURA

EL TIEMPO. —Después de tres años de negociaciones infructuosas, cansado de las vacilaciones oficiales y de los excesos de la subversión, el país que eligió a un presidente que le ofrecía la paz hoy se inclina mayoritariamente en las encuestas por el candidato que promete la guerra.

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —Las últimas encuestas no han hecho más que mostrar dos cosas que todo el mundo sabía: que los colombianos estamos hartos de las Farc y que esta guerra va a agravarse. En las condiciones actuales del país cualquier sondeo electoral es un referendo sobre el Caguán. Más que decir "Queremos a Uribe Vélez", lo que la gente está diciendo es "Acabemos con las Farc".

EL TIEMPO. —El gobierno ha manejado el proceso sin inteligencia y sin una estrategia de negociación; ha excluido a los gremios y a los jefes políticos y se ha contentado con tener sentados a la mesa a cinco hombres armados. Obviamente, la responsabilidad mayor por la falta de resultados recae sobre las Farc que, financiadas parcialmente por el narcotráfico, conducen con soberbia una guerra de destrucción que no excluye la infraestructura nacional.

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —Durante 38 meses de ires y venires en torno a la zona de distensión, ésta ha sido el principal escollo para el proceso de paz. En Colombia ensillamos antes de traer las bestias. La concesión de esa zona se habría justificado con vistas al desarme de los guerrilleros y a su reinserción definitiva, por lo que debería haber venido después de la firma de la paz. Si vino al comienzo fue como una cuota inicial pagada por el gobierno para que la guerrilla aceptara negociar.

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —El diálogo ha sido asimétrico. El Estado en sus ansias de negociar ha hecho gala de gran generosidad, mientras que la guerrilla no ha concedido otra cosa que la gracia de aceptar los diálogos. Es como si el Establecimiento hubiera llegado a la conclusión de que no puede alcanzar sus propósitos por medio del enfrentamiento, o sólo podría hacerlo a un precio que no quiere o no puede pagar, mientras que la guerrilla piensa que la continuación de la lucha le permite conseguir más poder a un costo que no resulta muy alto dada la escasa capacidad de contención de las fuerzas del Estado en las regiones. Para la guerrilla, al menos a corto plazo, parece más rentable el conflicto que la paz.

MARCO PALACIOS. —La base del proceso ha sido negociar en medio de la guerra, y ahí están los resultados: la negociación ha sido un fracaso. La política leninista aconseja combinar todas las formas de lucha, y para las Farc el proceso de paz es parte de la lucha. Pastrana, en cuyo triunfo electoral fue decisivo el entendimiento con ese grupo, aceptó negociar en medio de la guerra, reconociendo y validando con ello un poder fáctico que se financia con la economía de las drogas ilícitas, el secuestro y las extorsiones. El Caguán, en lugar de un ámbito de paz, es un santuario de guerra. La fecha del 7 de abril prevista en el nuevo cronograma para un eventual acuerdo de tregua, por estar en medio de las elecciones de Congreso y de Presidente, brinda a las Farc la oportunidad de arbitrar nuevamente las elecciones presidenciales.

CARLOS LOZANO GUILLÉN. —La responsabilidad por la falta de avances en las negociaciones corresponde principalmente al establecimiento. El Presidente dice que él maneja el proceso, pero en realidad sufre muchas presiones de los altos mandos militares y de Estados Unidos. Por lo demás, el gobierno se ha limitado a exigir concesiones a la guerrilla, soslayando los temas esenciales, como son el combate contra el paramilitarismo, el fin de las fumigaciones y, sobre todo, las reformas sociales de fondo. Para los voceros del régimen el proceso de paz se reduce a demandar la entrega y claudicación de la guerrilla.

ÁLVARO VALENCIA TOVAR. —Durante el proceso de negociación el objetivo del gobierno ha sido la paz, el de la guerrilla el poder. Las Farc han sido ladinas y de mala fe en todo el curso de las negociaciones, mientras que los representantes del gobierno han pecado de ilusos y de inocentes. Los planes

de las Farc no han cambiado en cuarenta años, y consisten como siempre en la toma del poder. Como dice el secretariado de la organización en un documento de marzo de 2000, los diálogos con el gobierno se encuadran dentro de ese fin estratégico.

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —Además de la concesión de la zona, que nada tiene que ver con la paz y antes ha sido un obstáculo para ésta, el proceso arrastra otras taras congénitas, como suponer que es posible la revolución por contrato, que un gobierno burgués puede negociar la realización de un programa comunista.

ÁLVARO VALENCIA TOVAR. —Uno de los medios con que cuentan las Farc para alcanzar sus fines revolucionarios es la consolidación del dominio sobre las zonas que hoy controlan. El Documento de los Notables contempla ese dominio cuando dice que, en una futura tregua, habría tantas zonas de despeje como frentes, columnas y unidades tengan las Farc en todo el territorio nacional. La falacia de unos contra la ingenuidad de otros: en eso han consistido los diálogos. De ahí la endeblez de sus cimientos.

Las Farc y el narcotráfico

EL TIEMPO. —Aunque las guerrillas se han marginado de los actuales procesos de modernización, en lo económico no están tan al margen. De los secuestros y vacunas y de las “pescas” de que son víctimas hasta las personas humildes, pasaron a controlar en los montes la perversa industria del narcotráfico. El dinero del narcotráfico está teniendo en ellas un efecto enloquecedor, como se ha mostrado en la mesa de negociaciones, donde han sido sordas y soberbias.

BRUCE MICHAEL BAGLEY. —Uno de los hechos que más obstaculizan las negociaciones de paz es el narcotráfico y las enormes riquezas que tanto la guerrilla como los paramilitares derivan de él. En las Farc, la ambición de riquezas ha reemplazado las reivindicaciones. Es posible que a causa del narcotráfico las negociaciones de paz no fructifiquen nunca.

NICANOR RESTREPO SANTAMARÍA. —El narcotráfico es el soporte financiero del conflicto interno, y su erradicación una de las prioridades para solucionarlo.

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —El cultivo de la droga ha aumentado vertiginosamente en la zonas de guerrilla, ello por razones muy simples: porque allí los guerrilleros protegen los cultivos con sus armas. A punta de policía Bolivia viene disminuyendo su producción de coca; Perú redujo la suya fuertemente en un período de cinco años. De modo que las siembras se corrieron hacia donde no puede actuar la policía: las zonas de nuestro país controladas por la guerrilla.

Las Farc y la política

EL TIEMPO. —En lugar de hacer política, esforzándose por convencer al país urbano de sus planteamientos revolucionarios, las Farc se dedican a tomar pueblos y a destruir la infraestructura del país, por lo que hoy están completamente desprestigiadas nacional e internacionalmente. Las Farc guerrean contra la sociedad, no hacen nada por convencer al país urbano; ni las masas ni los intelectuales las respaldan. Asombra que las Farc hayan dejado de hacer política justamente cuando existen condiciones que favorecerían tal empresa, como son el altísimo nivel de desempleo, la corrupción rampante y el desprestigio de la clase dirigente.

HERNANDO GÓMEZ BUEDÍA. —Antes que un proyecto político, las Farc y el Eln son ejércitos de ocupación que corren detrás de las bonanzas en tierras de frontera: la coca para las Farc y el petróleo para el Eln. ¿Para qué van a querer la paz o ser incluidas en el sistema político legal si ya mandan en centenares de municipios, y si el gobierno, por perseguir a cocaleros y raspachines, echa a éstos y a regiones enteras en brazos de la guerrilla?

JUAN MANUEL LÓPEZ CABALLERO. —A las guerrillas no las mueve la ideología marxista sino la búsqueda de condiciones de supervivencia. El grueso de las Farc son campesinos que prestan su servicio militar en las filas de la guerrilla, de manera parecida a como otros son conscriptos por las autoridades, y que permanecen allí en calidad de desempleados armados, como los llama Alfredo Molano.

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —Si antes las filas guerrilleras se nutrían de campesinos y estudiantes altruistas, ahora reclutan campesinos desocupados y colonos que en muchas ocasiones sólo buscan un salario y una forma de vida —incluidos ciertos artículos del consumismo urbano que elevan el estatus de los jóvenes guerrilleros.

ARTURO ALAPE. —Las Farc han buscado un equilibrio entre lo político y lo militar, o sea, han tratado de adelantar la lucha armada teniendo en mente el logro de cambios revolucionarios. Pero la guerra les está haciendo perder el norte político. El asedio bélico contra la población civil y las últimas acciones contra la infraestructura —derribamiento de torres de energía, atentados a acueductos— contradicen los planteamientos de Jacobo Arenas y los documentos programáticos de las Farc. La guerra ha impuesto su lógica tanto en la conducta de las Farc como en la del gobierno, lo que ha conducido a acciones y despliegues de fuerza que desvirtúan el proceso de paz.

EL TIEMPO. —El proceso de paz les brindó a las Farc la mejor oportunidad para catapultarse a la política, como sucedió con el M-19. Asombra a la co-

munidad internacional cómo el Establecimiento de un país con escandalosas injusticias sociales tiene como única oposición a una guerrilla que a causa de sus prácticas terroristas se ha enajenado la simpatía del grueso de la población.

[El caso del M-19 parecería más bien un contraejemplo. Tanta voluntad heroica y tanta sangre, para logros políticos tan míseros, antes podrían confirmar a las Farc en su posición militarista.]

JORGE ORLANDO MELO. —La guerrilla, creyendo que el pueblo no conoce sus intereses, lo que ha hecho durante cuarenta años es suplantar los movimientos sociales. Sus acciones endurecieron al país y propiciaron el surgimiento de una reacción armada auspiciada por ciertos sectores del campo, todo lo cual acabó por componer un escenario en que los partidos políticos de izquierda y las luchas populares carecen de espacio.

GONZALO SÁNCHEZ. —Las Farc se han encargado de vaciar su propia lucha del contenido social que les dio origen. Se han convertido en el principal obstáculo para las reformas que un día pretendieron abanderar. Sin cauce político, hoy no saben hacia dónde dirigir el potencial que tienen. Están dilapidando la oportunidad de negociar y están restando espacios a su eventual reinserción y transformación en movimiento político. La ciudad las teme y las rechaza; en el plano internacional sus acciones terroristas las están aislando. Cuanto más fuertes son militarmente, tanto mayor es su retroceso político, como si sólo aspiraran a reproducirse en las montañas.

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —La guerrilla hace política a su manera, o sea, persigue sus propósitos políticos por caminos que le son propios. Con su guerra persigue la finalidad estratégica de sustituir al Estado por medio del dominio gradual del territorio. Ejerce diferentes grados de control en amplias áreas del país, se encuentra en todos los departamentos, y en muchas regiones tiene ya el monopolio de la fuerza, de la justicia y del tributo. La guerrilla descendió de la ideología al pragmatismo, del redentismo a la *realpolitik*. Cambió los grandes fines políticos, como la revolución latinoamericana, por fines más modestos, como el poder municipal. Sus banderas políticas nacionales pueden no verse o no ser creíbles, pero su clientelismo armado y su aprovechamiento del desempleo rural juvenil les permite avanzar en su estrategia de influencia y dominio territorial crecientes.

La paz y los paramilitares

EL TIEMPO. —En Colombia, toda idea compite desde su nacimiento con los fusiles. Al lado de las Farc están los siniestros paramilitares que masacran campesinos y asesinan a intelectuales y sindicalistas. También ellos se finan-

cion con el narcotráfico, además de los pagos obligados o voluntarios de empresarios, ganaderos y hacendados.

MALCOLM DEAS. —Mirar a la cara a los paramilitares, que aumentan en número y fuerza a la par con la guerrilla, es todavía menos grato que mirar a ésta; pero hay que hacerlo porque son parte de la enfermedad que afecta el cuerpo nacional. Quienes encubiertamente los financian, quienes pagan las cuentas lo hacen para mandar. Sus tenebrosos dirigentes tienen agendas ocultas que no aparecen en sus estratagemas publicitarias.

ADAM ISACSON. —En los últimos años las autodefensas se han convertido en una fuerza numerosa y creciente que controla territorio y que tiene una agenda política, aunque extremadamente simplista. Su discurso político se reduce al odio contra la guerrilla y a la defensa del statu quo. Quienes las apoyan económicamente seguramente quieren mantenerlas políticamente bajo su control.

MALCOLM DEAS. —El paramilitarismo, como la guerrilla, no se va a acabar sin un considerable aumento de las fuerzas del orden. El Estado debe ser capaz de ofrecerles seguridad a las regiones afectadas, que de otra manera están a merced de las presiones y venganzas de los grupos armados. En última instancia, lo que frena a un paramilitar es un militar que va en la vía opuesta.

CARLOS A. LOZANO GUILLÉN. —Para que el proceso funcione los compromisos han de ser mutuos. El Estado debe mostrar decisión en el combate contra el paramilitarismo que es la peor forma de degradación del conflicto.

ÁLVARO VALENCIA TOVAR. —El paramilitarismo es el único contendor que les viene arrebatando espacios a las Farc. Éstas quieren que el gobierno utilice sus escasos recursos militares para librarlas de ese contendor. En el documento de los notables se propone una serie de medidas que comprometerían la acción de las Fuerzas Armadas en ese propósito. ¿Seguiremos avanzando en la ingenuidad hasta convertirla en idiotez?

EL TIEMPO. —A pesar del carácter genocida de los paramilitares, no se puede prescindir de ellos. Tarde o temprano habrá que incluirlos en las negociaciones, aunque no sea sino por su enorme capacidad de perturbación. Sin ellos no hay tregua que funcione. Además, los paramilitares no sólo oscurecen cualquier perspectiva de paz sino que pueden convertirse en un grave peligro para el Estado, en cuervos que le saquen los ojos. [Imagen tomada literalmente del editorialista.]

ADAM ISACSON. —La guerrilla ha dejado muy en claro que abandonaría la mesa de negociaciones si el gobierno entrara en diálogos con los paramilitares, como lo hizo cuando el Ministro del Interior se reunió con Carlos Castaño. De ser cierta la tesis guerrillera de que los paramilitares son parte inseparable

del aparato estatal, un proceso de paz exitoso no encontraría obstáculos por el lado de las Auc, pues el Estado las desmantelaría fácilmente. Pero si esa tesis es equivocada, y resulta también que las Auc no son una simple respuesta a la guerrilla, habría que negociar con ellas.

La paz y las reformas socioeconómicas

CARLOS A. LOZANO GUILLÉN. —No es convocando la mano dura contra la insurgencia como se va a restablecer la paz en Colombia. Los voceros del régimen, incluyendo los representantes del Estado y los empresarios que se lucran del sistema dominante, le sacan el cuerpo al problema crucial de las reformas de fondo. Es necesario reconocer la responsabilidad que tienen nuestras anquilosadas instituciones en las causas políticas, sociales y económicas del conflicto. Hay que crear un orden social más justo e equitativo, en lugar de seguir dirimiendo autoritariamente los problemas sociales en favor del capital.

EL TIEMPO. —El Establecimiento debe reconocer la responsabilidad que le corresponde en la presente crisis y estar dispuesto a asumir los costos de una solución de fondo. Se precisan cambios drásticos en la distribución del ingreso, del acceso a la educación y la salud, del anticuado régimen tenencia de la tierra agravado recientemente por los acaparamientos de los narcos, patrocinadores de los paramilitares.

BRUCE MICHAEL BAGLEY: —Con acuerdos de paz o sin ellos, Colombia deberá adoptar costosas reformas socioeconómicas para restablecer la legitimidad del Estado y evitar el flujo de reclutas hacia las filas rebeldes. Aun si el gobierno opta por la guerra, la violencia no terminará mientras no se adopten las reformas que remuevan las causas del conflicto. Por más apoyo internacional que haya, serán los colombianos quienes tendrán que patrocinar y pagar los pasos necesarios para erradicar la violencia.

NICANOR RESTREPO SANTAMARÍA. —El sector empresarial ha ayudado a financiar el proceso a través de los bonos de paz. Además de eso, ha apoyado una serie de reformas tendientes a modernizar el Estado, impulsar la economía, redistribuir el ingreso, adoptar una política agraria integral y ampliar y mejorar la educación.

ARTURO ALAPE. —En el orden de las reformas socioeconómicas, el gobierno no tiene nada que ofrecer si no está dispuesto a cambiar el actual modelo económico con sus políticas neoliberales.

RUDOLF HOMMES. —Abandonar las políticas neoliberales, como lo propone también Serpa, es cosa fácil; para eso no es necesario pelear en los montes ni financiarse con las drogas, como no lo hace Serpa. Las Farc quieren que se cambie el modelo económico. No deberían hacerse concesiones de esta mag-

nitud para lograr tan sólo una tregua, pero sí para lograr la paz. Las piadosas declaraciones de Nicanor Restrepo y las del editorialista de *El Tiempo* señalando que es necesario hacer cambios políticos y económicos podrían servir de base para concebir una política económica aceptable para el Establecimiento y de mayor alcance social que las propias propuestas de las Farc. Algunas de estas propuestas (como el seguro de desempleo y la nacionalización de empresas que antes eran oficiales) no sólo son limitadas en su alcance social sino equivocadas en términos de racionalidad económica. Los guerrilleros no saben de economía; deberían conseguir asesores en este terreno.

[Este consejo, todavía más justificado a la luz de otras formulaciones de las Farc, no es el primer favor que Hommes les hace a éstas. El revolcón neoliberal, del que él fue protagonista, le dio un dramático impulso a la descomposición del campesinado. El área de cultivos transitorios, que son en general los menos tecnificados, se redujo en casi un millón de hectáreas en los años 90, lo que favoreció notablemente las oportunidades de reclutamiento guerrillero.]

El proceso y la sociedad civil

JUAN GABRIEL TOKATLIÁN. —La participación de la sociedad civil en los esfuerzos de paz es fundamental ya que, además de obedecer a un mandato constitucional, está justificada por muchos motivos. Esa participación llenaría el vacío dejado por la ausencia de las elites y el descrédito de los partidos.

EL TIEMPO. —Las deliberaciones pueden ganar mucho con la participación de aquellos sectores de la sociedad civil que tienen canales de expresión más o menos desarrollados: partidos políticos, intelectualidad, organizaciones gremiales, étnicas, religiosas. Estos grupos pueden ejercer presión sobre la guerrilla y convencerla de que las críticas que se le hacen no son simples manipulaciones de la oligarquía. La sociedad civil, que es la parte mayoritaria de la sociedad como distinta del Estado y de lo que podríamos llamar la “sociedad armada”, tiene derecho a participar activamente en el proceso de paz, del que ha estado excluida. Salvo las audiencias públicas del Caguán, la sociedad civil ha estado al margen del proceso.

JORGE ORLANDO MELO. —Es urgente limitar el papel de los llamados representantes de la sociedad civil en el proceso de paz, no reconocerles otro papel que el de mediadores y voceros de sus respectivos organismos. Existe el consenso de que el proceso no podrá avanzar si no se les da un mayor papel a los representantes de la sociedad civil, los cuales tendrían mayor legitimidad que los órganos estatales y serían los interlocutores más adecuados de la guerrilla. No se debería pensar así. Para efectos del proceso de paz, esos representantes no fueron escogidos por la sociedad civil sino cooptados por el gobierno y los guerrilleros. El Estado puede ser corrupto y violento, pero

casi toda la corrupción estatal se hace con miembros de la sociedad civil, y hay sectores de ésta que respaldan a guerrilleros o paramilitares y que están así comprometidos en la violencia. Por supuesto, el proceso de negociación necesita que los sectores más activos de la sociedad civil discutan y participen, como corresponde a una verdadera democracia. Pero no favorece a la democracia pensar que los organismos no gubernamentales son los representantes de la ciudadanía y la voz genuina de la voluntad general.

El aspecto militar

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —Es muy probable que la tregua que debe alcanzarse de aquí al 7 de abril no se logre y que las negociaciones se rompan. Puede que no haya paz mientras no cambie el equilibrio militar.

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —El grado de cercanía de la paz depende, en definitiva, del desempeño eficiente y legítimo del Estado en el terreno de la confrontación armada: con cada éxito militar de la guerrilla, la solución estará más lejos; con cada revés del ejército, más se justificarán los paramilitares y más se degradará el conflicto. Para asumir la iniciativa militar, como debe hacerlo, el ejército debe reestructurarse por completo y establecer una nueva doctrina militar. Ello es condición necesaria para que el Estado logre ejercer una fuerza de contención que convenza a la guerrilla de que no puede triunfar en el campo de batalla y de que no puede seguir acumulando control territorial.

EDUARDO PIZARRO LEONGÓMEZ. —Los analistas que, como Rangel, colocan el acento en el plano del equilibrio militar, olvidan otros factores que inciden en la decisión de los actores armados. Hay en el país un despertar de la resistencia ciudadana contra la violencia. En el plano internacional existen desde el 11 de septiembre múltiples desarrollos —como la creación de una coalición mundial antiterrorista y el cambio de actitud de la Unión Europea frente a las Farc—. Ese tipo de factores cumplen a veces un papel más determinante que la variable militar y pueden inclinar a las Farc y al Eln a avanzar en un proceso de paz.

La presencia internacional

EL TIEMPO. —Después de haber servido como salvavidas en la reciente crisis del proceso de paz, la comunidad internacional quedó involucrada como actor fundamental. Más allá de esa participación, buscada por el gobierno, el conflicto tiene de hecho amplias ramificaciones internacionales. Está el problema transnacional del narcotráfico, que es fuente de financiación de la insurgencia y las autodefensas. Está el nerviosismo de los países vecinos que temen el contagio de la violencia. Está, en fin, el terrorismo, del que son acusados tres grupos colombianos. Surge entonces la pregunta: ¿Cómo hacer

que la internacionalización del proceso de negociación sea útil para aclimatar la paz? No hay que perder de vista que en la política internacional los países se comportan según sus intereses.

BRUCE MICHAEL BAGLEY. —La expresión “comunidad internacional” es un eufemismo. En las relaciones internacionales no hay sentido de comunidad, no hay amigos sino intereses. Si otros países se involucran en el proceso de paz es preciso tener presente que lo hacen siguiendo sus propios intereses, no necesariamente acordes con los de Colombia. Esta dura realidad no significa que los actores internacionales no puedan jugar un papel positivo. Pero esforzarse por la paz y conducir hacia allí el proceso es responsabilidad de los colombianos.

SOCORRO RAMÍREZ. —Se requiere mayor claridad sobre los fines y modalidades de la presencia internacional para que quien interviene no imponga su propia agenda. Es necesario que los agentes externos busquen ayudar realmente a la paz, y también que las negociaciones produzcan resultados. De lo contrario es posible que se nos imponga una salida desde afuera o que se nos abandone a nuestra propia suerte.

EL TIEMPO. —Es preciso descartar, por imposible y por indeseable, un aislamiento frente al resto del mundo. Cualquiera que sea la misión que se le entregue a la diplomacia extranjera, las corrientes predominantes hoy en el mundo de compromiso con la democracia y los derechos humanos son más favorables a una estrategia de diálogo que de confrontación.

BRUCE MICHAEL BAGLEY. —Estados Unidos es hoy por hoy el actor internacional más importante. Bajo Clinton, el Plan Colombia se concentró en la lucha antidrogas y en la modernización del ejército. Después del 11 de septiembre se evaporó el poco respaldo al proceso de paz que había en Washington. En su reciente propuesta presupuestal, el gobierno de Bush pidió un aumento de la ayuda militar a Colombia para proteger el oleoducto Caño Limón-Coveñas contra los ataques de la guerrilla. Es el comienzo de un cambio de política, con un mayor énfasis en la confrontación que en la negociación.

[Y por tanto, con un mayor riesgo de que Colombia pueda llegar a ser objeto de una intervención directa en nombre de la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico. Ya se sabe cómo las potencias proceden hoy a esas operaciones: arrasando primero desde el aire los territorios intervenidos a fin de hacer la guerra sin sufrir bajas.]

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —El futuro no pinta bien: tregua parece que no va a haber. Y como todo el mundo afirma de manera equivocada que no se puede seguir negociando en medio del conflicto, lo que se ve venir es una confrontación por un tiempo indeterminado y con un resultado muy incierto. El haber condicionado la continuación de los diálogos a un acuerdo sobre la

tregua va a acabar con los diálogos. La propensión a la guerra se ve reforzada por las percepciones igualmente erróneas que cada parte tiene de la otra: la gente cree que el ejército ya está en capacidad de derrotar a la guerrilla, mientras que la guerrilla cree que el ejército está colapsando. En la situación creada por la ruptura, el gobierno tendría que declarar el estado de emergencia interior y aumentar fuertemente los efectivos y los gastos militares, mientras que las Farc apostarían a generar una grave crisis saboteando las exportaciones y afectando la provisión de alimentos y el suministro de energía y agua a las ciudades. Estamos en el umbral de una situación catastrófica.

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —Rotos los diálogos Marulanda podría escoger a un presidente que arme por fin la “gran guerra civil” que pretenden las Farc desde hace cuarenta años.

CARLOS ALBERTO MONTANER. —Un gobierno que acepta parlamentar, hablar, buscar acuerdos con un grupo subversivo, no hace más que dar el siguiente mensaje: no podemos ganar, nos vemos obligados a pactar. Este tipo de actitud desmoraliza a las Fuerzas Armadas. El candidato presidencial Álvaro Uribe Vélez expresa y comprende muy bien todo esto. Para él, la paz no puede consistir sino en que los narcoguerrilleros devuelvan el territorio que se les ha cedido, entreguen las armas y se sometan a la vigilancia de organismos internacionales. De lo contrario hay que derrotarlos en el campo de batalla y someterlos a la autoridad de la ley. Uribe ha dicho que, si es necesario, pedirá ayuda internacional para ganar la guerra. Si es presidente, va a encontrar la comprensión de Washington y abundante ayuda militar.

II. REFLEXIONES DESPUÉS DE LA RUPTURA

HERNANDO GÓMEZ BUENDÍA. —Pasó lo que tenía que pasar. Se rompió el proceso de paz. Y se rompió porque estaba amarrado a la zona de distensión. Es cierto que nunca hubo un verdadero proceso de paz, pero todos perdimos con la ruptura. En adelante arreciará esta guerra, que menos que guerra es una larga matazón inútil. Los actos de las Farc serán más descaradamente criminales, igual que la respuesta de los paramilitares. Por lo demás, un proceso de paz mal planteado nos ha hecho llegar a la conclusión equivocada de que la paz negociada no es posible. Es ésta una conclusión trágica en sus resultados.

REVISTA SEMANA. —Al poner término al proceso, el Presidente alegó que el secuestro del avión de Aires era un acto terrorista y que la zona de distensión se había convertido en un santuario para toda suerte de delitos, lo que todo el mundo sabía. Pero la razón de fondo era que al Presidente se le había agotado el espacio político. La tregua prevista para el 7 de abril era imposible. Los militares no iban a aceptar la inmovilización en un país con 34 mil homicidios al año y 3 mil secuestros. La guerrilla, por su parte, no iba a

concentrar en el Caguán los efectivos de sus cien frentes, lo que abría la perspectiva de cien caguancitos, para alarma de todo el mundo. La percepción de esa alarma y la comprensión de aquellas imposibilidades llevaron al Presidente a aprovechar el secuestro del avión para producir la ruptura.

EL TIEMPO. —El proceso comenzó en medio de las angustias electorales de hace cuatro años: por eso se aceptó entregar una zona de distensión de un tamaño excesivo, sin ningún tipo de reglamentación ni de verificación. Y el proceso termina manejándose con el apremio de buscar mayorías electorales, o sea, de la misma manera que empezó.

DANIEL SAMPER PIZANO. —Lo que hizo que el Presidente decidiera liquidar el proceso no fue el incidente del avión ni el secuestro de un senador —cosas que no eran ninguna novedad de parte de las Farc—, sino el clima de las encuestas adversas al proceso y favorables a la mano dura. Lo que por agua viene por agua se va. La campaña electoral de 1998 nos trajo este proceso y la del presente año se lo lleva. Se le mezcló oportunismo electoral a un tema como el de la paz que debería ser un propósito por encima de urnas y partidos.

MAURICIO VARGAS. —Lo que el Presidente hizo fue subirse de último en el tren de la historia. Colombia está viendo un auténtico levantamiento popular, pero no contra el Establecimiento —por incompetente y corrupto que sea— sino contra las guerrillas que pretenden apropiarse de una vocería popular que nadie les ha acordado.

CARLOS EDUARDO JARAMILLO. —Lo que me sorprendió fue que no se les hubiera respetado a las Farc el plazo pactado de 48 horas para desocupar la zona. Es cierto que la guerra es guerra, pero la diferencia entre el gobierno y los que delinquen es que aquél tiene que cumplir la ley y honrar sus compromisos. Por lo demás, es cierto que el Presidente tenía que romper el proceso por agotamiento del espacio político. Cuando el gobierno anunció que los acuerdos de tregua estaban avanzando, la respuesta del país fue que no debería cedérsele ni un milímetro más a la insurgencia.

[Muy pocos analistas se refirieron a lo que Carlos Eduardo Jaramillo llama el conejazo de las 48 horas. Si las Farc hubieran roto el proceso tomando presos a los negociadores del gobierno, con el argumento de que la guerra es guerra, habría sido un gran escándalo. Mucho más escandaloso, por venir del gobierno, es el ataque de éste a los guerrilleros sin darles el plazo establecido para abandonar la zona.]

EL TIEMPO. —Después de la ruptura el Presidente ha recibido un plebiscito de apoyo. Todas las miradas de un país que ha estado desgarrado por profundas divisiones convergen en este momento hacia la institucionalidad. Esto debería ser aprovechado para un cambio de rumbo. Es necesario realizar re-

formas sociales para combatir la pobreza y reducir la desigualdad, y hay que profundizar el carácter democrático de las instituciones. El Establecimiento debe sepultar muchas de las convicciones responsables de haber llevado al país a esta crisis.

ANTONIO CABALLERO. —Las cosas cambiarán en Colombia cuando el Establecimiento comprenda que nada se logra con combatir militarmente a la subversión, y que la victoria en la guerra no equivale a la paz. La receta de la represión es inútil. Funciona mucho mejor y es menos costosa la receta de justicia social que llevan proponiendo desde hace 50 años la izquierda exterminada y la guerrilla que se ha fortalecido gracias a ese exterminio.

RUDOLF HOMMES. —Hay que encontrar la forma de fortalecer el Estado y realizar a la vez cambios económicos profundos. Es necesario transformar el Estado colombiano en cuestión de meses para atraer a la mayoría de la población con una propuesta nacional que contribuya a restablecer el orden y a crear condiciones económicas y sociales más equitativas. Ante un conflicto que lleva más de cuarenta años, no se ha hecho nada en serio para hacerle frente.

[Aportaciones léxicas: **Cachaza**, *colombianismo*. Descaro. Tupé. Desfachatez. (Se usa con *tener*: tener cachaza). Ejemplos: 1. La declaración del ex presidente Gaviria ante el foro de Anif y Fedesarrollo en febrero de 2001 en relación con la crisis colombiana: “La evolución del país con posterioridad a mi gobierno me ha dejado perplejo”. 2. Lo expresado por Hommes... —aquí un extracto del anterior párrafo.]

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —La política tanto como la guerra tienen ahora nuevas agendas. Ya le hemos dado la oportunidad a la paz, ahora hay que dársela a la guerra. Las Fuerzas Militares ya no podrán limitarse al rutinario “control del orden público” ni la guerrilla podrá continuar simplemente su parsimoniosa “acumulación de fuerzas”. Cada cual tendrá que buscar resultados políticos y militares trascendentales. Los blancos a golpear tendrán que ser más ambiciosos, las formas de operar más audaces y los resultados más contundentes. Para responder al desafío que se abre, el Estado deberá aumentar el gasto militar y el pie de fuerza y acudir a medidas legales extraordinarias.

ANTONIO CABALLERO. —Cada vez que el Ejército ha gozado de recursos y rienda suelta, el resultado de sus ofensivas contra guerrilleras ha sido el fortalecimiento de la guerrilla: las campañas persecutorias del brazo armado del Estado y de sus oscuros aliados han arrojado en brazos de la subversión a muchos de los desplazados y sobrevivientes. De ahí que las Farc no le teman a la guerra: saben que les conviene.

ANTONIO NAVARRO WOLF. —En los años 90 las Farc consiguieron ventajas militares sustantivas que las inclinan a soñar con la toma del poder por las

armas. De ahí que no hicieran nada por buscar la paz. Más bien propiciaron la ruptura en el convencimiento de que sus fuerzas crecerán con el enfrentamiento, como ocurrió otras veces en el pasado. Pero hoy ese cálculo es equivocado. En este momento las FFAA y los paramilitares están creciendo más que las mismas Farc. De otra parte, el gobierno va a contar con el apoyo prácticamente ilimitado de EEUU y probablemente de otros miembros de la comunidad internacional.

SEMANA. —Unas tropas mejor equipadas y lideradas ya han disuadido a la guerrilla de seguir por el camino de la “guerra de posiciones” que alguna vez intentaron. El fiasco de la columna guerrillera que trató de avanzar por el Guaviare en agosto pasado y fue detenida por la Fuerza de Despliegue Rápido es apenas un ejemplo de la mayor capacitación de las Fuerzas Armadas.

ANTONIO NAVARRO WOLF. —Está claro que la acción del ejército del aire no va a permitir las operaciones de grandes contingentes guerrilleros, a menos que éstos desarrollen una capacidad antiaérea que actualmente no tienen. La guerrilla seguirá actuando en pequeños grupos, casi imposibles de detectar y localizar, contra la infraestructura del país.

EL TIEMPO. —Nadie se atreve a negar la capacidad de las Farc para desestabilizar a través del terrorismo. Son unos 16 mil guerrilleros en un país donde circulan centenares de toneladas de dinamita de manera clandestina. Las Farc tienen además milicias urbanas que se han ido consolidando desde 1989 en Medellín, Bogotá, Cúcuta y Cartagena y que servirán como punta de lanza en cualquier ofensiva terrorista. Ante estas amenazas las acciones oficiales siempre serán insuficientes, y se requiere un Jefe del Estado que trace nuevas estrategias en lugar de ponernos en manos de San Miguel Arcángel.

REVISTA CAMBIO. —Aunque las Fuerzas Armadas están mejor que nunca, no carecen de problemas. Los 60 mil soldados profesionales y los más de 100 efectivos regulares pueden no ser suficientes para la doble tarea de combatir con la guerrilla y cuidar la infraestructura de torres, puentes, carreteras y demás. El apoyo internacional les permitirá sin embargo fortalecerse. En EEUU no hay discusión en torno a continuar con la idea de aportar alrededor de 500 millones de dólares anuales para las tropas colombianas. El Pentágono estudia la posibilidad de realizar interceptaciones telefónicas, vigilancia aérea de movimientos humanos con aviones P3, hacer uso de radares, aviones espía y fotografías de satélites frente a cualquier sospecha de terrorismo.

SEMANA. —La guerra abierta contra la guerrilla, en la que desempeñará un papel clave la defensa de la infraestructura, exige un pie de fuerza que el ejército no tiene. De otra parte, con el fin de las negociaciones de paz cesa la presión ejercida por las Farc para que los paramilitares sean enfrentados por el Estado. Todo ello va a tener el efecto perverso de que los particulares sigan financiando a las autodefensas y que éstas continúen fortaleciéndose.

ANTONIO NAVARRO WOLF. —Por el lado paramilitar, es previsible una intensificación de sus acciones contra la población, especialmente en el sur de Colombia. Probablemente la batalla más encarnizada será la que se libere por el control de las plantaciones de coca, por su importancia como fuente de financiación de la guerra irregular.

SEMANA. —El negocio multimillonario del narcotráfico atraviesa toda la guerra, la financia, define su geografía, marca su estrategia militar y amenaza perpetuarla. Durante el proceso de paz este tema no fue abordado, por lo que puede decirse que la negociación nunca despegó.

ANTONIO CABALLERO. —Ahora está de moda achacarle la existencia de la subversión al negocio del narcotráfico. Pero éste no es la causa del fenómeno de la guerrilla ni está en su origen. Y si las guerrillas se han multiplicado no es gracias al narcotráfico sino a la guerra —aunque es verdad que el narcotráfico alimenta a las guerrillas, tanto como a las autodefensas paramilitares.

SEMANA. —Más que las armas o la ideología, el narcotráfico es el verdadero combustible de la confrontación armada en Colombia. Paramilitares y guerrilleros derivan de esa industria ilícita más de la mitad de sus finanzas. La conformación de sus fuerzas ha obedecido a una lógica territorial relacionada con el negocio de la droga. El Catatumbo y el Putumayo son ejemplos de regiones donde esos dos bandos se disputan el control de más de 70 mil hectáreas. El mapa de la guerra en Colombia se superpone al de los cultivos y la ruta del tráfico de la coca ya procesada. De ahí que Urabá sea hoy uno de los bastiones más codiciados por ambos bandos. Si bien es cierto que la extirpación del narcotráfico no es condición imprescindible para lograr la paz, es un hecho que mientras no se ataque eficazmente este frente los grupos armados seguirán existiendo.

EL TIEMPO. —Con la presión de EEUU empezó en 1995 una fuerte campaña contra los cultivadores de coca en Perú y Bolivia con un éxito fulminante: los cultivos en ambos países se redujeron a menos de la tercera parte. Ese éxito fue tan sólo aparente, porque en el mismo lapso esos cultivos se multiplicaron en Colombia por más de tres (de 50.900 hectáreas en 1995 a 163.000 en 2000). Las cerca de cien mil hectáreas fumigadas el año pasado en pleno avance del Plan Colombia dejaron las cosas como estaban: se calcula que sigue habiendo, mal contadas, las mismas 160.000 hectáreas. La campaña punitiva en Perú y Bolivia todo lo que logró fue cambiar de lugar los cocales. El haber convertido a Colombia en centro de producción de drogas ilícitas es la fuente de buena parte de los males y la violencia que aquejan al país, de lo tortuoso del proceso de paz y del fortalecimiento sin precedentes de los paramilitares y la guerrilla. Antes, cuando aquí nos ocupábamos de la elaboración y transporte de la droga, el negocio era urbano. Hoy está en manos de quienes se desenvuelven en el monte. Se siembra donde hay condiciones. ¿Y

qué mejor que una jungla tropical llena de grupos armados para cuidar cultivos y laboratorios? En la cadena global del narcotráfico países como Colombia son apenas el eslabón más débil. Mientras un kilo valga 25 mil dólares en EEUU siempre habrá cultivos y tráfico, y allí donde éstos se localicen habrá armas, violencia e inestabilidad política e institucional. Para que cese la destrucción de nuestro país por cuenta de la droga es necesario que los países consumidores se decidan a legalizar y reglamentar el consumo —y afrontar con políticas de salud pública el problema de sus jóvenes consumidores.

[Uno desearía que el excelente editorial de *El Tiempo* de febrero 24 de 2002, aquí extractado, fuera base de la posición oficial de Colombia ante organismos y foros internacionales.]

MARIANO AGUIRRE. —Lo que puede ocurrir ahora es que EEUU incluya a Colombia dentro de su plan de lucha contra el terrorismo. Para ello, podría asimilar su caso al de Afganistán apoyándose en tres factores: la droga, la dispersión de los actores armados y la importancia geopolítica del país. Si EEUU adopta una política agresiva de acuerdo con esos términos, Europa no podría levantar más su voz.

JUAN MARIÁTEGUI. —La afganización de Colombia y de toda América del Sur puede perturbar el proceso democrático en la región. De acuerdo con la política de lucha a escala global contra el terrorismo, Bush se propone conseguir que los países andinos acepten la instalación de una base militar estadounidense en territorio peruano, con miras a lo que ocurre en Colombia.

EL TIEMPO. —La mayoría de los colombianos, que en estos últimos años soñaban con la paz, hoy coquetean con otra ilusión: la de acabar el conflicto por la vía militar. Habría que recordarles a los que sueñan con esta posibilidad que todos los conflictos de este tipo terminan en la mesa de negociaciones.

ANTONIO CABALLERO. —Comparto el lúgubre pronóstico del candidato presidencial Lucho Garzón: el gobierno y la guerrilla se volverán a ver las caras en una mesa de negociación después de otro millón de muertos.

ANTONIO NAVARRO WOLF. —Estoy seguro de que volverá a haber negociaciones de paz cuando todos descubran que aquí nadie derrota totalmente a su adversario. Las condiciones para esa nueva negociación dependerán de lo que pase en el terreno militar de ahora en adelante.

ALFREDO RANGEL SUÁREZ. —La guerra tiene como última función barajar nuevas condiciones para reiniciar conversaciones de paz. El esfuerzo militar que las partes realicen tendrá consecuencias políticas absolutamente críticas. Ello definirá el tipo de proceso de paz que tendremos en el futuro. Si el pulso militar se resuelve en favor del Estado, la negociación se realizaría en medio de una tregua y la guerrilla se inmovilizaría en pocas y pequeñas zonas des-

militarizadas, con verificación internacional. Si gana la guerrilla, se negociaría sin cese al fuego, la zona del Caguán se mantendría o se ampliaría y los acuerdos alcanzados tendrían que ser ejecutados de inmediato por el Estado bajo la supervisión armada de la insurgencia.

EL TIEMPO. —El reto del Estado es mantenerse dentro de la institucionalidad para ganar la legitimidad ante la población colombiana y decirle así a la guerrilla que se equivoca al soñar con victorias militares y que es preciso trabajar por una negociación política seria y realista.

Fuentes para la primera parte. Las opiniones de Hernando Gómez Buendía fueron tomadas de la revista *Semana* (3-II-02 y 10-II-02) y de su libro “El lío de Colombia”; las de Alfredo Rangel Suárez fueron tomadas de *El Tiempo* (1-II-02 y 15-II-02) y de su libro “Colombia: guerra en el fin de siglo”; las de Juan Manuel López Caballero de su libro “Colombia, entre la imagen y la realidad”; y las de Carlos Alberto Montaner de *El Tiempo* (15-II-02). Todo lo demás corresponde a la serie “Reflexiones en la Encrucijada” publicada por *El Tiempo* entre el 3 y el 8 de febrero de 2002, serie en que las opiniones del periódico fueron formuladas en editoriales.

Fuentes para la segunda parte. *El Tiempo* (de 21-II a 1-III -editoriales en 24-II, 25-II y 27-II). Revista *Cambio* (24-II). Revista *Semana* (24-II). En *El Tiempo* (24-II) fueron reportadas las opiniones de Mariano Aguirre, director del Centro de Investigación para la Paz, de Madrid; y se publicaron las de Daniel Samper Pizano (27-II), Rudolf Hommes y Alfredo Rangel Suárez (1-III). En *Cambio* (24-II), las de Carlos Eduardo Jaramillo, Antonio Navarro Wolf y Mauricio Vargas. En *Semana* (24-II), las de Antonio Caballero y María Isabel Rueda. En la misma edición de *Semana* se reportó el análisis de Juan Mariátegui, experto peruano en Derecho y Política Internacional. ♦

* * *

